

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

¿QUE HACER?

A VUELTAS CON EL TUTEO

DE vez en cuando, todavía es posible leer por ahí algún papel contra la difusión del tuteo. Generalmente, procede de individuos ya mayores, acostumbrados al «usted» y, sobre todo, puntillosos en materia de respetos. Les molesta que, de buenas a primeras, cualquier chiquillo o cualquier desconocido les apee el tratamiento. Porque, en lo que tiene de confiado, el tú casi suena a insolencia, y la tradición, por contrario, quiere que medie una confianza real y mutua. Por lo demás, el fenómeno no parece demasiado antiguo: me refiero al ámbito celtibérico. Comenzó entre las gentes finas de Madrid, a principios del siglo pasado, y a la zaga de otras modas igualmente importadas. En todo caso, Larra lo denunciaba en «El extranjero de su patria»: «dice de tú a sus padres y de usted a sus criados». De hecho, la novedad venía a herir en lo más profundo los severos principios de la jerarquía social vigente. No sé si existe un estudio histórico del asunto, pero valdría la pena de que sí: de que alguien hubiese precisado los avatares de estas convenciones verbales en los usos de relación. ¿Empezó la cosa, pues, con los afrancesados de la época romántica? ¿Y quiénes eran tales fulanos, o sea, en qué «clase» se reclutaban? ¿Qué significado cabe atribuir al cambio? ¿Cómo se extendió...? Sería curioso disponer, ahora, de informaciones oportunas.

Si el «tú» implica familiaridad, resulta lógico que el proceso se iniciara en el seno de la familia. Y así ocurrió. Aunque conviene explicar lo tardío de su irrupción. No siempre, ni mucho menos, fue la familia una institución basada en la ternura o en la intimidad cordial. Al contrario. Los vínculos de sangre, a lo largo de los siglos, se caracterizaron habitualmente por su escasa congruencia emotiva. La dureza, el interés o la ceremonia predominaron por encima del afecto: entre marido y mujer como entre padres e hijos. Quizá entre madres e hijos el contacto era un poco más esponjoso o lubricado, y sólo durante la etapa de la cuna, cuando la biología aún conserva plenos poderes. Abundan los documentos de todas las épocas y de todos los países que certifican lo que digo. La concepción «húmeda» del amor —de los amores encuadrables en el marco de un hogar, e incluso los marginales— data de hace cuatro días. Es, bien mirado, un invento del Romanticismo. La lágrima y el resto de los humores propios del «sentimiento» casero sólo consiguen una auténtica y positiva entidad literaria a partir de finales del XVIII. Fue entonces cuando el «tú» se inaugura en los domicilios. Antes,

sólo servía para el trato con los inferiores: súbditos, criados, nenes. Y a medias. Cuando en los romances locales el «vos» fue sustituido por el «usted», ya ocurrió algo. Con la introducción del «tú», una revolución.

No faltó quien lo sospechase, sin duda. Los hijos hablaron de «tú» a los padres —a los «papás», exactamente, y este otro galicismo era simultáneo—: con el tuteo paternofílico se abrió una brecha irreparable en la circunspección socioeconómica que ordenaba la vida doméstica. La concepción patriarcalista de la familia era universal, y tan ferreamente compartida por los de arriba como por los de abajo. Y más por los de abajo, si se me apura. Entre los de arriba prendió la iniciativa. Se ve a través del comentario de «Figaro». De pronto, la noción fría, protocolaria, prácticamente jurídica, del engranaje padre-hijo fue desconcertada, y gracias al «tú» la parentela se hizo sonriente y hasta jovial. Ha costado más de cien años que este «deshielo» alcanzase a las capas subalternas de la sociedad, y hoy asistimos a la consumación definitiva de la tendencia: los últimos reductos rurales, conservadores por vocación y por necesidad, están abandonando la rutina. Pero el éxito del tuteo «hogareño» ha sido total. Algún observador hurraño lo pone a la cuenta de una «crisis» general en la que se involucran la autoridad, la jerarquía y la familia (y todo es uno y lo mismo). Se pretende ver en ello, más que un síntoma, una causa. Puede que lo sea, si bien nunca acaban de ser aceptables y ni siquiera verosímiles unas interpretaciones tan simplistas. Pongamos «concausa».

Desde luego, el «tú» obtuvo, mientras tanto, otros y muy diversos cauces de expansión. Que son, en el fondo, los que suelen seguir recibiendo severas retenciones. Al fin y al cabo, la «familiaridad» dentro de la familia —y con las tillaciones patéticas pertinentes— parece natural. Pero deja de parecerlo fuera de ella: entre extraños. El «usted» servía para marcar distancias: para evitar invasiones abusivas en la «confianza» que cada cual se reserva. En otros tiempos, el tuteo no llegaba a establecerse, de hecho, ni entre amigos entrañables. Todavía hay personas que se conocen y estiman desde la infancia, y no creen que el «usted» suponga una barrera para la intimidad. Sin embargo, y más a menudo, el «usted» rinde este provecho: el de la barrera. Sólo que ha ido cediendo. No pecaré de sutil si insinúo una distinción entre «amistad» y «camaradería». Puede que el «tú» entre iguales tenga un origen

distinto —y anterior— al que he apuntado. De todos modos, habría mucho que hablar sobre este punto. Lo cierto es que, en última instancia, la «camaradería» pertenece al área de las presiones modernas de la convivencia. La edad y la vecindad, el oficio y el beneficio, facilitaron el «tú», en la medida en que anecdóticamente decidían contactos asiduos en un mismo plano. Pero la «camaradería» —trámite aparte de la «amistad»— se ha impuesto. Y a su triunfo no son ajenos determinados estilos de manipulación política.

Gradualmente, ha penetrado la convicción de que, a base del «tú», las relaciones de ocio o de negocio consiguen una particular fluidez. Más o menos: se da por sentado que, en vez de ser la «confianza» una premisa del «tú», ocurre al revés, y que basta lanzarse al «tú» para que la «confianza» quede automáticamente implantada. Esto es una tontería, claro. El «tú» sistemático, por la circunstancia de serlo, pierde todo valor... Pero hay más. Anda de por medio eso de la juventud. Los viejos de ahora, perdida la batalla del «respeto», se inclinan a jugar a la coquetería del tuteo. Piensan ingenuamente —alto: senilmente— que propiciándose el «tú» de los chavales, se mantienen en un pie de igualdad con ellos. Volvemos a lo de la «confianza». La fantasía de que «todos somos unos» si nos tuteamos acostumbra a provocar, a menudo, situaciones ligeramente cómicas. Y, cómicas o no, son situaciones falsas. La culpa no es de nadie, tal vez, en la hipótesis de que los interlocutores vayan de buena fe. La culpa sería, sencillamente, de ese «usted» que aún no ha decaído hasta el nivel del arcaísmo «idicuílo». Mientras el «usted» sea una palabra viva, el quid pro quo del «tú» entre chicos y ancianos embarcados en un cualquier diálogo... Hay idiomas en los que los matices del trato no dependen del pronombre personal. Ignoro cómo podrá plantearse en sus ritos la peripecia de la «confianza».

Personalmente, soy poco partidario del «usted». Lo empleé con mis «mayores» —padres, maestros, conocidos que me superaban en años—, porque tal era el precepto de mi ambiente pueblerino y subalimentado. Luego, ya participé de lleno en la corriente abrumadora del tuteo. Confieso, además, que, ante alguien que es más joven que yo, no sé decir «usted», y es muy posible que con ello haya molestado a más de un visitante. ¿He caído en la trampa que intento describir? Probablemente. Con todo, ya comienzo a advertir los fallos del mecanis-

mo. Precisamente, por advertirlos, me planteo el problema. De un tiempo a esta parte, observo que, cuando me presentan gente nueva, muchachos y muchachas, no es nada insólito que se me dirijan con un «usted» sin precedentes. Hasta anteayer, el «tú» surgía de una manera suave, espontánea incluso. A ellos y a mí nos incomodaba el «usted», y la cosa se arreglaba en seguida. Ahora, por muy desinhibido que sea el mozallete que me interpela, el «usted» se me echa encima. No se atreven al «tú». Lo diré con franqueza: «ya» no se atreven... Se debe, seguramente, a que voy adquiriendo una notoria apariencia —y si sólo fuese apariencia— de vejestorio: me ven como lo que soy, un pre ancianito. Y el «tú» se les congela en la boca. Lo encuentro muy explicable: pese a todo su empeño de desembarazarse de prejuicios, todavía son víctimas del léxico heredado, de las momias semánticas, de la liturgia ancestral...

Le hablarán de «tú» a su bisabuelo: la familia, la familiaridad, importa lo suyo. A mí, empiezan a respetarme el «usted». Y, después de tanto tiempo de afables tuteos, ese «usted» me deprime. Ya sé que no tiene remedio. Son cosas del vocabulario: a una mesa se le llama «mesa», a un vaso se le llama «vaso», y a una persona que deriva hacia la decrepitud se le llama «usted». Y no es una cuestión de «respeto»... ¿O sí? No quiero averiguarlo. Pero la vejez, si no incita al respeto, induce a la compasión: cuando me hablan de «usted» prefiero sentirme compadecido antes que rescatado. ¿Qué hacer? Me imagino que muchos de mis lectores se hallarán en casos similares. ¿Qué hacer, repito...? Invitar al interlocutor joven a que venga al tuteo me da la impresión de que sería una cuquería «paternalista». Conozco admirables septuagenarios que, frente al primer adolescente que acude a consulta, exigen: «Háblame de tú». Tanta condescendencia ofende. Y tampoco descarto la estampa del jovencito que te tutea con ánimo de adulación: el «tú» del rapaz es puro truco, lagoteria, o —también— sinapismo misericordioso... Estos escrúpulos estúpidos —¿estúpidos?— quizá podrían evitarse borrando del diccionario el término «usted». La pretensión sería absurda. En un mundo donde los entorchados del «Excelentísimo Señor», «Su Eminencia», «Usia» y etcétera, prosperan con egreigia frondosidad, el «usted» es un pedazo imprescindible. ¡Qué fastidio!

Joan FUSTER

QUIEN Y QUIEN

RAFAEL ALBERTI, POETA Y PINTOR MAGICO

LA magia de la palabra se va perdiendo. A veces lo pensamos así. La vida nos muestra vistas, de manuscritos, de papeles, hasta parecernos que es como si estuviéramos encerrados en una cárcel de papel, que se nos hace insostenible. Pero insostenible, como es insostenible a ratos la familia. Luego nos convencemos de que sin aquel desorden sinfónico, de libros que se apilan como torres desde el suelo, de cuartillas a medio escribir que vuelan como blancas aves silenciosas, periódicos y recortes que no encuentran su cauce que puede ser la canasta que desborda, el quemador de papeles que espera, o su clasificación ordenada, que sin aquel diluvio de papeles no podríamos vivir, y nos dejamos estar suspirando por nuestra liberación, que sería subir por la escalera de Jacob a buscar, en el último tramo de la biblioteca, después de perforar el techo, un diccionario de estrellas, que es lo que ha hecho Rafael Alberti, desde que sin dejar de ser un gran poeta, me atrevo a decir el máximo poeta castellano de la hora presente, nos baja de las alturas celestes que sorprende desde su observatorio formas y colores que son versos, versos no escritos, sino trasladados al color y la línea de maravillosas pinturas y dibujos.

Amplia es la tradición de los poetas pintores y dibujantes, y al decir tal no nos referimos a los que abandonando la pluma y la letra se dedican al pincel y a la paleta. Aludimos más bien a esos incursionistas que de repente, sin saber cómo ni acaso sin proponérselo, mientras esperan una comunicación telefónica, trazan en cuartillas que tienen a mano, en el envés de una carta o en un sobre abierto, desde una cara hasta un paisaje, desde una pequeña casa hasta una catedral. Estos son los in-

tritos gazapeantes de los que nunca han entendido de belenes pictóricos, lo que no es el caso de Rafael Alberti, que alguna vez, como cuenta él, antes de ser poeta fue pintor que pudo llamarse Rafael Sanzio, así como yo podría llamarme Michelangelo Buonarroti, guardando las distancias y los siglos.

Pero el caso es que Alberti dejó sus primeros temas de pintor y se entregó a la red de las palabras, a las verbales musas, y llegó al Olimpo coronado por los lauros de la mejor poesía escrita en nuestros tiempos. Y poeta habría seguido siendo, sin las exigencias de su vida de desterrado, que es casi la del enterrado o encerrado, como decía alguien. Y es así como este andaluz andalucísimo, nacido, ¡Viva la Virgen!, en el Puerto de Santa María, para ganarse la vida empezó de nuevo a pintar sin salirse del todo de las amarras de la poesía, más bien diríamos que empezó a ilustrar sus propios poemas, cartones coloridos en los que del verso salía la imagen, o del dibujo el poema, en la más audaz y maravillosa mezcla imaginada.

Vegetales raros, flores submarinas, sueños fantaseosos, diríase que el gran poeta español buscaba, intuía, más allá de la poesía, otras formas de belleza, otros medios de expresión, para poder decir lo inexpresado. Se trataba de un arte nuevo y necesitaba un nombre y Alberti les llamó «lexicografías». Llovizna de gracia, lluvia de gracia, diluvio de gracia. Sonidos de clarificación cabalística modulados en tono de alegres comparsas, acompañan poemas del mar, aleteos de ángeles, exaltaciones de amor contenido, mensajes de ensueño, duelos de nostalgias (la distancia de Andalucía a las márgenes del inmenso Paraná), y los amantes del júbilo poético de Alberti, en verso, ya lo tienen doblado, desdoblado, multiplicado en líneas y colores.

Los visitantes se arrebatan estas «lexicografías» en las exposiciones de Buenos Aires.

Y de esta época data su libro sobre la pintura, ahora joya bibliográfica, libro en el que el poeta, el gran poeta, sale a flote arrastrando con él hacia la superficie del verso más sutil y hermoso todo lo que en los grandes, grandísimos pintores fue gracia y milagro, magia y adivinación, y también secreta maestría de operario. En estos poemas de Rafael Alberti sobre la pintura no tenemos solamente el gozo poético, sino el placer de sentirnos introducidos, por puertas invisibles, a los misterios secretos de la ley pictórica. Y de esa época también su farsa «Noche en el Museo del Prado», en la que nuevamente hace gala, así como lo hiciera en libro sobre la pintura, de poder manejar a su capricho sus sombras queridas, sus españoles más amados, Goya, Velázquez, el Greco...

A la época «lexicográfica» sigue la de las «vitografías», o sea monocopias hechas sobre vidrio, cuyo procedimiento parece ser un secreto chino. «Vitografías» con temas de tauromaquia y recientes poemas de Rafael Alberti sobre la fiesta más brava de las fiestas bravas. «Lexicografías» o «vitografías», pero por sobre todo poesía ha sido y sigue siendo este crear constante, infatigable del poeta español, españolísimo, y ahora también gran americano, tantos años vividos en Hispanoamérica, poeta y pintor mágico que si Garcilaso viviera o viviera Moctezuma él sería el escudero con pincel, espada y pluma.

Miguel Angel ASTURIAS
PREMIO NOBEL

Servicio Internacional Filatélico, S. A.

COMPRAMOS SELLOS

- ★ Colecciones avanzadas y completas de cualquier país.
 - ★ Sellos clásicos universales y grandes rarezas mundiales. Lotes, stocks y series en gran cantidad.
 - ★ Tenemos especial interés en grandes operaciones.
 - ★ Póngase en contacto con nosotros y le haremos una valoración de sus sellos.
 - ★ Nuestros precios son los más altos del mercado. Pagamos siempre al contado.
- COMPRAMOS PORQUE:**
- ★ Las ventas del grupo aumentan cada año y debemos incrementar el volumen de compras para asegurar el suministro a nuestros innumerables clientes de toda España.
 - ★ El potencial económico de nuestro grupo nos permite concertar cualquier compra, por importante que sea.

Llámenos o escriba a:
Via Layetana, 180
Teléfono 215 69 22
Barcelona-9

Empresa del Grupo
Cafisa
Recursos económicos: 314.000.000 Ptas.

FUENTE MAGICA
SIN INSTALACION DE AGUA



PUJOS, 108 y 110 · COLL-BLANCH · TEL. 249 65 29
HOSPITALET - BARCELONA

CLUB INTERNACIONAL DE AMIGOS

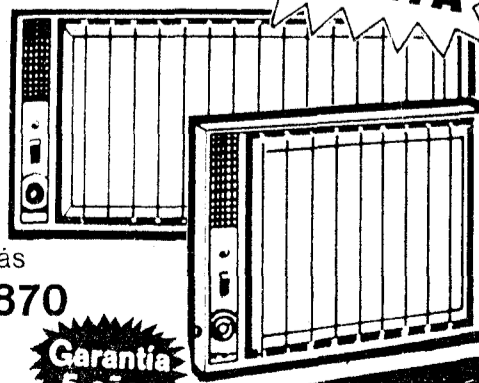
Apartado 1242 (V3). Palma de Mallorca. Inscribese y obtendrá: Amigos-as en todo el mundo. Relaciones para contraer matrimonio. Aprendizaje y práctica de idiomas. Intercambio sellos, monedas, discos, revistas todo el mundo... Pida información y recibirá tres magníficas revistas (150 pág.). Envía 9 ptas. sellos.

BAZAR FERPIÑA
RONDA SAN PABLO, 4, 6 Y 8 Y RONDA UNIVERSIDAD, 21
OFERTA

PLACAS SOLARES

Dto. 25 + 5%

Este año un «pasito» más
800W. p.v.p. 3.870
NOSOTROS
2.398 ptas.



Garantía 5 años
más barato **NO lo encontrará**
1^{as} marcas